

asi evitaremos que se derrame sangre; pero si no se quieren rendir, la sangre vertida caerá gota á gota sobre su cabeza, y siempre que se derrama la sangre por causa injusta, lleva consigo la desgracia del que la hace verter. Que se lo pregunten si no á los alemanes.

— ¿Cuánto tiempo vas á estar con el gobernador?

— Todo el tiempo que pueda, para que mientras tanto se r una toda nuestra gente, de modo que apenas salga se pueda empezar el ataque.

— Bueno; pues hasta luego.

— ¿Desconfias de mí? preguntó Billot á Gonchon alargándole la mano.

— ¡Yo! respondió Gonchon con una sonrisa desdeñosa, apretando la mano que le ofrecía Billot; ¿yo desconfiar de tí? ¿Y por qué? Si yo quisiera, á una sola palabra mia, á una seña, te haría aplastar como á un gusano aunque te escondieses en esas torres, que para mañana ya habrán dejado de existir. Anda, pues, y cuenta para lo que quieras con Gonchon como él cuenta con Billot.

Billot se dirigió hácia la puerta de la Bastilla, mientras Gonchon se dirigía hácia el centro del barrio, seguido de la multitud que iba sin cesar repitiendo:

— ¡Viva Gonchon! viva el Mirabeau del pueblo!

— Yo no sé, dijo Pitou á Billot; digo que no sé como es el Mirabeau de los nobles; pero el nuestro se me hace bastante feo.

CAPITULO XVI

La Bastilla y su gobernador.

No describiremos la Bastilla, porque seria cosa oficiosa. Eterna vive su imágen en la memoria de los ancianos y de los niños.

Recordaremos solamente que vista desde el boulevard, se divisaban en la plaza de la Bastilla dos torres, iguales la una á la otra, con sus dos fachadas paralelas al canal que se ve en el dia.

Para entrar en la Bastilla, habia que pasar primero por un cuerpo de guardia, luego dos líneas de centinelas, y despues dos puentes levadizos.

En seguida se llegaba á un patio, que era donde daba la habitacion del gobernador.

Desde aqui conducia una galería á los fosos de la Bastilla.

En la puerta que daba á los fosos habia un puente levadizo, otro cuerpo de guardia y una gran verja de hierro.

En la primera entrada quisieron detener á Billot; pero este enseñó el pase que le habia dado Flesselles, y le dejaron pasar.

Notó Billot que Pitou le seguía.

Pitou hubiera sido capaz de bajar con él á los infiernos ó subir hasta la luna.

— Quédate fuera, le dijo Billot; por si no salgo, bueno será que se quede uno fuera para recordar al pueblo que estoy yo dentro.

— Teneis razon, dijo Pitou; ¿dentro de cuánto tiempo es menester hacer ese recuerdo?

— Dentro de una hora.

— ¿Y lo de la cajita? preguntó Pitou.

— ¡Ah! sí; escucha. Si yo no salgo, ni Gonchon entra con su gente á la Bastilla ó no me encuentran dentro, es preciso que digas al doctor Gilberto que unos hombres que llegaron de Paris á la alquería, me han quitado la cajita que me entregó hace cinco años; que apenas yo lo eché de ver, vine inmediatamente á Paris á avisarle; y que habiendo llegado á saber que estaba preso en la Bastilla, procuré tomar por fuerza la fortaleza y dejé en ella mi vida, que estaba siempre á su disposicion.

— Está bien, tio Billot, dijo Pitou; solo que es muy largo y temo que se me vaya á olvidar.

— ¿Qué? ¿lo que acabo de decir?

— Sí.

— Pues voy á repetirtelo.

— No hace falta, dijo una voz al lado de Billot; mejor es escribirlo.

— No sé escribir, dijo Billot.

— No importa, yo sé; como que soy ugier.

— ¡ Ah! ¿ sois ugier? preguntó Billot.

— Sí, Estanistao Maillard; ugier en Chatelet, para lo que pueda servir.

Y sacó de su bolsillo un gran tintero de cuerno que tenía dentro pluma, papel y tinta, y todo lo que era necesario para escribir.

El ugier era un hombre de cuarenta y cinco años, alto, delgado, sério, vestido todo de negro como convenia á su profesion.

— ¿ Con que decis que unos hombres que llegaron de París á vuestra alquería, preguntó impasible el ugier, os han quitado una cajita que os entregó el doctor Gilberto?

— Precisamente.

— Pero eso es un robo que no debe quedar impune.

— Es que esos hombres pertenecian á la policia de París.

— ¡ Infames ladrones! dijo Maillard en vos baja.

Y en seguida, dando el papel á Pitou.

— Toma, le dijo; ahí tienes la nota que necesitas; y si te matan á tí, añadió dirigiéndose á Billot, á mí quizá no me maten.

— ¿ Pues qué pensais hacer? preguntó Pitou.

— Pienso hacer lo que cumple á mi deber.

— Gracias, dijo Billot.

Y alargó la mano al ugier, que se la apretó con una fuerza tal, que no parecia tener aquel cuerpo tan delgado.

— ¿ Con que puedo contar con vos? preguntó Billot.

— Como con Marat y con Gonchon.

— Corriente, dijo Pitou; he ahí una trinidad que no será fácil encontrar en el Paraiso.

Y volviéndose hácia Billot.

— Prudencia, le dijo, tío Billot, prudencia.

— Pitou, le contestó el colono con una elocuencia que parecia estraña en un hombre tan poco culto como él; Pitou, no olvides nunca que la mejor prudencia es el valor.

Y pasó por delante de los primeros centinelas, mientras Pitou salia á la calle.

Cuando llegó al puente levadizo, tuvo tambien que enseñar otra vez su pase; cayó el puente, y se abrió la verja de hierro.

Detrás de la verja habia un patio interior que servia para que se paseasen los prisioneros, y alli estaba el gobernador aguardando á Billot. Este patio estaba defendido por ocho torres, ó mejor dicho, por ocho gigantes. Ninguna ventana daba á aquel patio hediondo. Jamás el sol bañaba su pavimento húmedo y casi cenagoso. Parecia el fondo de un ancho pozo.

En la pared del patio un reloj señalaba la hora, dejando caer desde lo alto el ruido lento y monótono de sus minutos, como el techo de un calabozo deja caer la gota de agua sobre la piedra desgastada.

En el fondo de este húmedo pozo, el pobre preso, sumido en un abismo de piedra, contemplaba un instante la inexorable desnudez de aquellas frias paredes y pedia muy pronto que le volbiesen á encerrar en su prision.

Mr. de Launay, gobernador de la Bastilla, era un hombre de cuarenta y cinco á cincuenta años; aquel dia estaba vestido de negro, y llevaba al pecho la cinta azul de la cruz de San Luis.

Era hombre de malos sentimientos; las memorias de Linguet acababan de darle una triste celebridad, y el pueblo le aborrecia tanto como á la misma Bastilla.

Del mismo modo que los Chateauneuf, Lavrilliere y Saint-Florentin, los de Launay se trasmitian tambien de padres á hijos el gobierno de la fortaleza.

El gobernador de la Bastilla era una especie de conserje aristocrático, un chalan con charreteras, que á sus 60,000 francos de sueldo añadia otros 60,000 de gajes y de rapiñas.

En punto á avaricia, Mr. de Launay habia dejado atrás á sus predecesores. Mantenia su casa á espensas de los prisioneros.

Disfrutaba el derecho de poder entrar en París cien pellejos de vino, libres de puertas. Vendia este derecho á un tabernero que introducía en la ciudad escelentes vinos,

y con la décima parte de lo que le pagaba compraba el vinagre que daba de beber á sus prisioneros.

Solo un consuelo quedaba á los desgraciados presos de la Bastilla, y era poderse pasear por un jardinito que habian plantado en un baluarte; allí era donde encontraban un instante del dia aire, luz, flores, la naturaleza, en fin.

Mr. de Launay alquiló este jardin á un jardinero, y por cincuenta francos que recibia al año, privó á los prisioneros de este último consuelo. Verdad es que para los presos ricos solia tener muchísimos miramientos.

Y con todo, este hombre era un valiente.

Hacia dos dias que la tempestad estaba rugiendo en derredor de su cabeza. Dos dias hacia que veia crecer las olas de la revolucion hirviendo al pie de sus murallas.

Y él, aunque pálido, permanecía impassible.

Es cierto que tenia á su disposicion cuatro piezas de artillería, dispuestas á hacer fuego á la primera señal, y una guarnicion numerosa de suizos y de inválidos.

Billot al entrar en la Bastilla habia dejado á Pitou su carabina, porque creyó que allí seria peligrosa un arma cualquiera que fuese.

Al primer golpe de vista notó la actitud serena y casi amenazadora del gobernador; divisó á los inválidos en las plataformas, se enteró de la disposicion que guardaban los suizos en los cuerpos de guardia, y conoció la silenciosa agitacion de los artilleros que no se separaban del lado de sus cañones.

Los centinelas estaban con el arma al brazo y los oficiales con la espada desenvainada.

El gobernador no se movió de su sitio, y Billot tuvo que acercarse hasta él.

Apenas entró el parlamentario del pueblo, se cerró detrás de él la verja de hierro con un ruido tan siniestro, que á pesar de lo valiente que era Billot, le hizo sentir frio en la médula de los huesos.

— ¿Qué mas quereis aun? preguntó Launay.

— Qué mas quiero aun? repitió Billot; me parece, señor gobernador, que esta es la vez primera que os veo

en mi vida, y por consiguiente, no teneis derecho á decirme eso.

— Es que ya me han dicho á mí que venis del Hotel de Ville.

— Es verdad, de allí vengo.

— Y hace un momento ha estado á verme una diputacion de la municipalidad.

— ¿Y á qué venia?

— A exigirme la promesa de que no seré yo el que rompa el fuego.

— ¿Y se la habeis dado?

— Sí. Y á pedirme ademas que mande retirar los cañones.

— Y la habeis obedecido, ¿no es verdad? Yo estaba en la plaza de la Bastilla cuando se ejecutó la maniobra.

— Y sin duda creeríais que era por obedecer á las amenazas de la multitud?

— Bien puede ser, dijo Billot.

— Cuando yo os decia, señores, gritó Launay, volviéndose hácia los oficiales, que iban á creer que éramos capaces de semejante cobardía!

Y en seguida, volviéndose otra vez hácia Billot.

— ¿Y de parte de quién venis? le dijo en tono áspero.

— De parte del pueblo, contestó Billot lleno de orgullo.

— Está bien, dijo sonriéndose Launay; pero supongo que traereis ademas alguna otra recomendacion; porque con esa sola no os hubieran dejado pasar los centinelas.

— Sí, traigo un salvo conducto de Mr. Flesselles, vuestro amigo.

— ¡Flesselles! ¿decis que es mi amigo? repitió Launay mirando á Billot como si quisiera penetrarle hasta lo mas profundo de su corazon. ¿De dónde sabeis si es ó no mi amigo Mr. de Flesselles?

— Lo supongo.

— ¡Ah, ya! lo suponeis, eso es otra cosa. Está bien. A ver el salvo-conducto.

Billot le entregó el papel.

Launay le leyó una vez y despues otra, y le abrió en seguida para ver si tenia algun otro *post-scriptum* oculto

entre las dos hojas, y le miró despues al trasluz por si habia escrito algun renglon entre los otros.

— Y no me ha escrito mas que lo que dice este papel? preguntó á Billot.

— Nada mas.

— ¿Estais seguro de ello?

— Mucho.

— Nada os ha añadido de palabra?

— Nada absolutamente.

— Es extraño! dijo Launay, dirigiendo una mirada á la plaza de la Bastilla.

— ¿Pero qué quereis que os dijera?

— Nada, absolutamente nada... Pero decidme qué quereis y despachaos, porque tengo que hacer.

— Pues bien; lo que quiero es que nos entregueis la Bastilla.

— ¿Qué decis?... preguntó Launay volviéndose con ligereza como si hubiera oido mal; ¿qué es lo que decis?

— Digo, que en nombre del pueblo vengo á intimaros que me entregueis la Bastilla.

Launay se encogió de hombros y dijo:

— En verdad que es un animal raro el pueblo.

— Pst.

— ¿Y qué quiere hacer con la Bastilla?

— Demolerla.

— ¿Y qué diablos ha hecho la Bastilla al pueblo para que el pueblo haga eso con la Bastilla? ¿Acaso ha sido nunca encerrado en la Bastilla ningun hombre del pueblo? Al contrario; el pueblo debia bendecir una por una todas las piedras de la Bastilla. Porque, ¿quiénes son los presos que vienen á la Bastilla? Los filósofos, los sábios, los aristócratas, los ministros, los príncipes, en una palabra, los enemigos del pueblo.

— ¿Y qué? Eso prueba que el pueblo no es egoista.

— Amigo mio, dijo Launay con cierto tono de compasion; fácilmente se echa de ver que vos no sois militar.

— Teneis razon, porque soy labrador.

— Y que no lo sois de Paris.

— En efecto, soy de las provincias.

— Y que no conoceis lo que es por dentro la Bastilla.

— Claro está; como que no he visto mas que las paredes exteriores.

— Pues venid conmigo y vereis lo que es la Bastilla por dentro.

— ¡Oh, oh! exclamó Billot; me va á hacer pasar por encima de algun escotillon que se hundirá de pronto bajo mis pies, y despues buenas noches, tio Billot.

Pero no vaciló el intrépido colono, y se dispuso á seguir al gobernador de la Bastilla.

— Ante todo, habeis de saber, dijo Launay, que tengo en los sótanos pólvora suficiente para hacer volar la Bastilla y la mitad del barrio de San Antonio.

— Ya lo sé, respondió tranquilamente Billot.

— Bueno. Pues mirad ahora estas cuatro piezas de artillería.

— Ya las veo.

— Pues estas piezas de artillería sirven para barrer esa galería, y esa galería está guardada, primero por un cuerpo de guardia, despues por dos fosos que no se pueden pasar sino con los puentes levadizos, y últimamente por una verja de hierro.

— Sí; no digo que esté mal defendida la Bastilla, contestó tranquilamente Billot; lo que digo es que será bien atacada.

— Sigamos adelante, dijo Launay.

Billot hizo con la cabeza una seña de asentimiento.

— Aqui teneis una poterna que da á los fosos, dijo el gobernador; mirad qué gruesas son las paredes.

— Unos cuarenta pies, poco mas ó menos.

— Sí, cuarenta de alto y quince de ancho; ya veis que por muy buenas uñas que tenga el pueblo, se desgastarán fácilmente en estas piedras.

— No digo que demolerá el pueblo la Bastilla antes de hacerse dueño de ella, pero sí despues.

— Subamos por aqui, dijo Launay.

— Subamos.

Subieron unos treinta escalones.

El gobernador se paró.

— Mirad, dijo; esta es una tronera que apunta al sitio por donde teneis que entrar : no está defendida mas que por un mosquete; pero esta tronera goza de cierta reputacion. Ya sabreis aquella cancioncita :

« *Oh tierna musa mia,
« Musa de mis amores...* »

— Sí, ya lo sé, dijo Billot; pero no creo que es ahora tiempo oportuno para cantar.

— No importa; escuchad. El mariscal de Saxe llamaba á este cañoncito su musa; porque sabia cantar la cancion que mas le agradaba. Este es un pormenor histórico.

— ¡ Oh, oh! exclamó Billot.

— Pero vamos adelante : y siguieron subiendo la escalera.

Llegaron á la plataforma de la torre Comté.

— ¡ Ah, ah! volvió á exclamar Billot.

— ¿ Qué es eso? preguntó Launay.

— Nada, no habeis hecho que bajen los cañones...

— No : he mandado únicamente que los retiren un poco de la vista.

— Pues sabed que he de decir al pueblo que aun están ahí los cañones.

— Bueno, decidse.

— ¿ Con que no quereis mandar que los bajen?

— No.

— No quereis, ¿ eh?

— Los cañones estan ahí por orden del rey, y no se moverán de ese lugar sino por orden del rey.

— Señor de Launay, dijo Billot elevando su elocuencia á la altura de su situacion; señor de Launay, el rey á quien os aconsejo que obedezcais, es ese.

Y señaló á la multitud que estaba delante de los fosos haciendo relucir sus armas al sol.

— Señor, contestó Launay sacando hácia fuera la ca-

beza con un gesto altanero : es posible que para vos haya dos reyes; pero para mí, gobernador de la Bastilla, no hay mas que uno, Luis XVI, que ha puesto su firma al pie de un despacho que me autoriza á disponer aquí de los hombres y de las cosas.

— ¿ Acaso no sois tambien ciudadano? gritó Billot encolerizado.

— Soy un gefe del ejército francés, repuso el gobernador.

— ¡ Ah! sí, es verdad; sois militar y hablais como tal...

— Decis la verdad, señor mio, dijo Launay inclinándose. Soy un militar y cumplo con mi consigna.

— Y yo, señor, replicó Billot, soy un ciudadano, y como mi deber de ciudadano es opuesto á vuestra consigna de militar, no hay mas remedio sino que uno de nosotros dos tiene que morir; no sé si el que cumpla con su consigna ó el que cumpla con su obligacion.

— Puede ser, dijo Launay.

— ¿ Con que estais resuelto á mandar hacer fuego contra el pueblo?

— De ningun modo si no ataca el primero. Así lo he prometido á la diputacion que me ha enviado Mr. de Flesselles. Ya veis que se han retirado los cañones; pero al primer tiro que se dispare de la plaza á mi Bastilla...

— ¿ Qué es lo que hareis?

— Me aproximaré á uno de estos cañones; á este por ejemplo. Yo mismo le haré rodar hasta la tronera, tomaré la puntería, y yo mismo haré fuego con esa mecha que esta ahí ardiendo.

— ¿ Vos mismo hareis fuego?...

— Sí, yo mismo.

— ¡ Oh! Si fuese eso así, dijo Billot, antes de que cometiéscis semejante crimen...

— Ya os he dicho que soy militar, y no sé mas que cumplir con mi consigna.

— Mirad, dijo Billot llevando á Launay al lado de una tronera, y señalando alternativamente al boulevard y al barrio de San Antonio; de hoy en adelante, ese

es el único rey cuya consigna estais obligado á cumplir.

Y divisó Launay dos líneas negras que oscilaban como dos serpientes, dejando ver sus cuerpos y cabezas, y perdiéndose sus últimos anillos en las sinuosidades del terreno en que se arrastraban.

En los cuerpos de los gigantescos reptiles, brillaban escamas luminosas.

Eran los dos ejércitos del pueblo que acudian á la plaza de la Bastilla, capitaneado el uno por Marat, y el otro por Gonchon.

Por los lados se adelantaban agitando sus armas y dando terribles gritos.

Al verlos, Launay se quedó pálido y dijo á los artilleros :

— A las piezas.

Y después, acercándose á Billot con un gesto de amenaza.

— Y vos, desventurado, le dijo; que venis aquí so pretexto de parlamentar miéntras los demas nos atacan, ¿ sabéis que merecis la muerte ?

Y desenvainó la mitad de su espada.

Billot observó este movimiento, y rápido como el rayo, cogió á Launay del cuello y de la cintura.

— Y vos, le dijo levantándole en el aire, ¿ sabéis que merecis que os precipite por esta tronera para que vayais á estrellaros al fondo de ese fosó? Pero dad gracias á Dios que yo peleo de otra suerte.

En aquel instante un clamor inmenso, universal, quien procedía desde abajo, atravesó los aires como un huracan, y Mr. de Losme, mayor de la Bastilla, apareció en la plataforma.

— Señor, exclamó dirigiéndose á Billot: ¡ por Dios, señor! haced el favor de asomaros, porque el pueblo cree que os ha sucedido alguna desgracia, y os pide á voz en grito.

En efecto, el nombre de Billot, esparcido por Pitou entre la multitud, se oía sonar entre los confusos clamores.

Billot soltó á Mr. de Launay, el cual volvió á envainar enteramente su espada.

Entre aquellos tres hombres hubo en seguida un momento de silencio y duda, durante el cual se oyeron gritos de amenaza en la plaza de la Bastilla.

— Tened la bondad de asomaros, dijo Launay; no porque esos gritos me intimiden, sino para que se sepa que yo soy un hombre leal.

Entónces Billot sacó la cabeza por una almena, é hizo un saludo al pueblo con la mano.

Al verle, el pueblo se deshizo en aplausos. Parecia Billot en aquel instante la revolucion personificada en un hombre del pueblo, que pisaba por primera vez como dominador la frente de la Bastilla.

— Basta, dijo Launay; hemos concluido; podeis marcharos; porque os llaman allí abajo, y aquí ya nada teneis que hacer.

Billot comprendió la moderacion que usaba con él aquel hombre que podia quitarle la vida si quisiera, puesto que estaba en su poder. Bajó, pues, seguido del gobernador, por la misma escalera por donde habia subido.

El mayor se quedó arriba, porque le habia dado el gobernador algunas disposiciones en voz baja.

Es evidente que Mr. Launay deseaba encontrar al parlamentario frente á frente como enemigo, para vengarse del ultrage que le habia hecho.

Atravesó Billot el patio sin decir una sola palabra:

Vió á los artilleros al lado de los cañones con las mechas encendidas, y se paró delante de ellos,

— Amigos, les dijo; no olvideis que yo he venido á pedir á vuestro gefe que se evite la efusion de sangre y que se ha negado á ello.

— En nombre del rey, dijo Launay dando una patada en el suelo, salid de aquí.

— Tened entendido, respondió Billot, que si me haceis salir de aquí en nombre del rey, he de volver yo á entrar en nombre del pueblo.

Y dirigiéndose al cuerpo de guardia de los suizos :

- Y vosotros, les dijo, ¿por qué estais aquí?
Los suizos permanecieron silenciosos.
Launay señaló con la mano á la puerta de hierro.
Billot quiso aun hacer el último esfuerzo.
— Señor, dijo á Launay; en nombre de la nacion, en nombre de vuestros hermanos....
— ¡Mis hermanos! decís que son mis hermanos los que están gritando ¡A la Bastilla! ¡Muera su gobernador! Lo serán vuestros, pero á buen seguro que no lo son míos.
— Entónces.... en nombre de la humanidad.
— ¡En nombre de la humanidad, y venís en número de cien mil contra cien desgraciados soldados encerrados en estos muros!
— Entregando al pueblo la Bastilla les salvais la vida.
— Y yo pierdo mi honor.
Calló Billot, porque le desarmaba la lógica del soldado, pero dirigiéndose de nuevo á los suizos y á los inválidos.
— Entregaos, amigos míos, les dijo; aun es tiempo. Diez minutos mas, y ya será demasiado tarde.
— Si no salís de aquí en este mismo instante, dijo Launay, á fé de soldado que os mando pasar por las armas.
Billot permaneció quieto un instante, se cruzó de brazos como retándole á que lo hiciera, clavó por última vez sus ojos en Launay, y salió.

CAPITULO XVII

La Bastilla.

La multitud esperaba en la plaza de la Bastilla, sofocada por el ardiente sol de julio, bramando llena de furia. La gente de Gonchon acababa de reunirse á la de Marat. El pueblo de San Antonio reconocia y saludaba á sus hermanos del barrio de San Marceau.

Gonchon estaba al frente de sus compatriotas; Marat habia desaparecido.

- El aspecto que presentaba la plaza de la Bastilla, era siniestro.
Cuando la multitud vió á Billot, redoblaron sus gritos.
— ¿Y bien? preguntó Gonchon dirigiéndose hácia él.
— Ese hombre es un valiente, dijo Billot.
— ¿Y qué es lo que quereis decir con *ese hombre es un valiente*? preguntó Gonchon.
— Quiero decir que se mantiene firme.
— ¿No quiere entregar la Bastilla?
— No.
— ¿Está resuelto á sostener el sitio?
— Sí.
— ¿Y creéis que le podrá sostener mucho tiempo?
— Le sostendrá hasta morir.
— Pues bien, sea; hasta morir.
— Pero ¡cuantos hombres vamos á hacer que mueran! dijo Billot dudando que Dios le hubiese dado el derecho que se arrogan los generales, los reyes y los emperadores, esos hombres que tienen privilegio exclusivo para derramar la sangre.
— ¡Bah! dijo Gonchon; hay gente de sobra en el mundo, puesto que falta pan para la mitad de la poblacion. ¿No es así, amigos míos? añadió Gonchon volviéndose hácia la multitud.
— ¡Sí! ¡sí! gritó la multitud con una abnegacion sublime.
— Pero ¿y el foso? ¿cómo se pasa el foso? preguntó Billot.
— No hay necesidad de rellenarle sino por un solo sitio, contestó Gonchon, y yo he calculado, que con la mitad de nuestros cuerpos se puede llenar el foso entero. ¿No es así, amigos míos?
— ¡Sí! ¡sí! respondió la multitud con el mismo ímpetu que antes.
— Pues bien, vamos, dijo Billot.
En este instante apareció Launay en la azotea, acompañado del mayor Losme y de algunos otros oficiales.
— Empieza tú, gritó Gonchon al gobernador.